FELIX LIZASO

MARTI

y

LA UTOPÍA DE AMÉRICA

COLECCION ENSAYOS
LA HABANA
1942

MARTI Y LA UTOPIA DE AMERICA

DEL AUTOR

La poesía moderna en Cuba (1882-1925). *En colaboración.* Librería y casa editorial Hernando S. A. Madrid, 1928.

Epistolario de José Martí. *Arreglado cronológicamente, con introducción y notas.* 3 volúmenes. "Colección de Libros Cubanos", Cultural, S. A. La Habana 1930.

Artículos desconocidos de José Martí. La Habana, 1930.

Biografía. *Imprenta* Molina y Cía. La Habana, 1933.

Nuevo concepto de la biografía. *"Cuadernos de la Universidad del Aire"*, La Habana, 1933.

El criollismo literario. *"Cuadernos de la Universidad del Aire"*, La Habana, 1933.

Actitudes filosóficas en España y en Hispano-América. *"Cuadernos de la Universidad del Aire"*, La Habana, 1933.

Mendive, maestro de Martí. *Conferencia en la serie Habaneros Ilustres,* organizada por el Historiador de La Habana, 1937

Ensayistas contemporáneos. (1900-1920). Editorial Trópico, La Habana, 1938.

Pasión de Martí. *Imprenta* Ucar, García y Cía., La Habana, 1938.

Martí, místico del deber. *Colección "Biografías históricas y novelescas"*. Editorial Losada, S. A. Buenos Aires, 1940.

FELIX LIZASO

MARTI

y

LA UTOPÍA DE AMÉRICA

COLECCION ENSAYOS
LA HABANA
1942

Copyright
Es propiedad del autor, que se reserva todos los derechos.

Impreso en Cuba por Úcar, García y Cía. La Habana.

I

POR LO REAL A LO IDEAL

Cuantos han penetrado en el estudio del pensamiento de Martí le han señalado una dualidad no sólo de métodos sino también de inspiración: idealismo y realismo, sentido práctico y concepción trascendente, lo material y lo espiritual, conciliados en una concepción de apretada síntesis. Y acaso nadie con tanto acierto como Jorge Mañach, cuando en una inolvidable conferencia nos mostró que sus palabras favoritas, *ala* y *raíz,* "representan los dos símbolos de la dualidad ideológica de Martí: su idealismo filosófico y moral y su realismo cultural y político".

¿Cómo entendemos esa aparente oposición de criterios?

Para nosotros no tiene dudas que Martí es un espíritu dirigido esencialmente a lo trascendente, un idealista que ha concebido un reino superior, pero que sabe que no es el que lo circunda. Quisiera trasmutarlo todo en esencias para ese mundo ideal, pero se sabe limitado por urgencias a las que ha de consagrarse si es que el hombre no ha de pensar en sí, mientras otros necesitan la mano que ha de ayudarlos a elevarse. Ya hemos recordado alguna vez al boletinista de la *Revista Universal:* tenía a su cuidado el comentario de la vida mexicana y cumplía como hijo amoroso ese menester en que se iniciaba su vida de periodista. Pero, sin quererlo, el pensamiento se le iba a más altos planos, y muchas veces lo hallamos, en esas páginas consagra-

das a la cotidianidad, escalando las altas cimas de su idealismo. Entonces comprende que ha subido demasiado, y pide perdón a sus lectores por esa propensión suya a irse a las cosas graves.

Es decir: Martí, que está dotado de modo singular para las altas especulaciones del pensamiento, se consagra voluntaria y primordialmente a una tarea de servicio inmediato, ya sea la de señalar a los hombres americanos sus mejores modos de arraigar en el propio suelo y convertirlo en el manantial de su felicidad por obra del trabajo y la educación, ya la de completar, con la independencia de una parte aun esclava, la libertad de toda nuestra América.

Esa consagración a las tareas urgentes y primeras no le impide lanzarse a más remotas concepciones; pero siempre con la vista puesta sobre el destino del hombre,

y los modos de lograr su redención y su ventura, aunque también nos dejara constancia de su fe en una vida superior y posterior, tras el tránsito terreno.

Vale decir que Martí por lo real va a lo ideal. Su idealismo no es una vaguedad, una mera ilusión, sino un fin último, un mundo superior y supremo. Pero sólo venciendo las realidades con la aplicación de los métodos reales que tenemos a nuestro alcance, podemos llegar a las últimas conquistas. No creía que de la contemplación podría llegarse, como meros aspiradores, a formas mejores de vida. Bien lo vemos en sus ideas sobre la política cubana, cuando él propugnaba la única manera práctica de vencer la resistencia impuesta por un gobierno colonial que se aferraba a nuestro suelo y no nos dejaría vida propia mientras no pudiéramos arrancárnoslo con nues-

tro esfuerzo. Se alzó contra los esperanzados en cambios traídos por el tiempo y predicó la guerra necesaria, una guerra sin odio y sin rencor, no contra el español, que si era amante de la libertad lo consideraba como cubano, sino contra el dominio ejercido tiránicamente sobre nuestro territorio y nuestra vida, para su provecho, por un gobierno distante que nos esclavizaba. El tiempo y los hechos le dieron la razón, aunque haya todavía rezagados que piensen que por otros medios habríamos llegado mejor a la República. Por lo pronto, hubiéramos llegado mucho más tarde y no mejor preparados, y los signos de los tiempos hacen entrever que seríamos todavía colonia. Gracias a Martí nos adelantamos y podemos hoy sentirnos dueños de nuestros destinos, aunque no siempre sepamos conducirnos con aquel absoluto desinterés

que fué norma de su vida, y que sabía que era el camino seguro de la grandeza. Si no estamos a mayor altura, culpa es de quienes han dirigido el rumbo de nuestra vida republicana.

Fué el propio Martí quien a propósito de aquel espíritu luminoso que se llamó Luz y Caballero, conocedor profundo de la filosofía y hombre que comprendió la cultura de su tiempo, explicaba cómo había quedado tan poco de su saber en libros para la posteridad, porque se había aplicado antes a crear hombres que a producir obras. Las luces que poseyó Luz y Caballero pudieron iluminar con resplandor propio todo el pensamiento americano de su tiempo y aun alcanzar más distantes zonas. Pero comprendió la realidad que le rodeaba, comprendió que era preferible preparar hombres que escribir libros. Y los hom-

bres que preparó fueron los que ilumina-ron después el camino primero de la li-bertad. Así Martí, que toma en su mano aquella antorcha y antes abre caminos para que el hombre se encuentre a sí mismo y halle su reino, que se repliega y ensimisma para crear su obra de elegido. Y, sin em-bargo, la crea, por el mismo ímpetu de su genio y queda como el propio núcleo cen-tral que dió vigor a su pensamiento con vigencia futura e inspiradora.

Alguna vez se ha citado esta frase suya de un discurso memorable; "nuestra Amé-rica de hoy, heroica y trabajadora a la vez, y franca y vigilante, con Bolívar de un brazo y Herbert Spencer de otro", para es-tablecer esta dualidad de concepción en él apuntada. Ese era el caso de nuestra América. No la concebía sino en camino de afirmación real para alcanzar después la

perfección ideal que también apuntaba. La mejor explicación de esa frase de Martí es esta otra que confirma su pensamiento: "Ciencia y Libertad son llaves maestras que han abierto las puertas por donde entran los hombres a torrentes, enamorados del mundo venidero". Ciencia y Libertad; o dicho en otras palabras: Spencer y Bolívar.

II

AMERICA, UNA EN ALMA E INTENTO

Con sus normas cuajadas al calor de la propia concepción de lo que el hombre significaba y debía representar en un mundo regido por la libertad, la justicia y el amor, Martí se nos presenta siempre con sus invariables conceptos, precisos y diáfanos, desde los cuales medirá tanto las acciones humanas como los designios de los pueblos. Asombra ver cómo toda su obra está veteada, en tonos de infinita variedad, de unas cuantas ideas fundamentales e inalterables, de donde resulta la imposibilidad de hallarle quiebras y contradicciones.

Con la verdad por escudo el hombre se

redime y crece. De la falta de verdad peca y decae. Así en los pueblos, que no podrían conocerse y amarse sin respeto. Un pueblo ha de respetarse a sí mismo y tener confianza en sí y en sus designios, para que ese respeto sea la fuerza interior que le dé bríos para mantenerse erguido y adelantar en su camino entre los demás pueblos. No importa que sea pequeño si su grandeza moral lo compensa. Martí entrevió que la otra América no nos tomaba muy en cuenta porque no habíamos sabido hacernos respetar. Y su prédica es ésa: no podremos lograr que se nos tome en cuenta, mientras no ganemos, por medios propios, ese grado de consideración que arranca de la dignidad.

Desde sus años mozos de México ya señaló esa flojedad de la estimación en que radicaba el esencial desdén y la aparente

inferioridad en que se nos tenía. Que América se diera prisa y modos por adelantar, limpiándose de inútiles rémoras heredadas que la convertían en pueblos de estériles discutidores, fué su gran preocupación cuando una y otra vez le hablaba de los cambios necesarios en su enseñanza si debía equilibrar, con su propio peso, el peso excesivo de su vecina más fuerte y mejor preparada.

Como propio hijo vivió Martí en los países de su recorrido americano. Se adentró en cada uno de ellos en el alma popular y en la raiz de sus necesidades. Por eso vió y señaló sus aspiraciones comunes y sus medios propios de adelantar. En México comenzó su conocimiento de América. No dejará de tener importancia este hecho de que fuera México el primer país de nuestra América que Martí conoce y estudia,

porque México es el lugar donde primero se define una orientación genuinamente americana y donde lo autóctono tiene relieves vigorosos e inconfundibles. Antes, América no había entrado en el ideario de Martí. Pero llega a México y se afirma como un hijo más de aquella tierra, y la estudia y se anticipa a los propios mexicanos en señalar sus problemas vitales, algunos, como el del indio, con vigencia actual en su formulación.

En México comienza su ya inacabable cruzada por el afianzamiento en América de los genuinos valores, en arte tanto como en la vida misma, como modo de lograr el pleno desenvolvimiento de sus características y la afirmación de su personalidad. Contra la imitación europea o americana se produce en todos los momentos, ya a propósito de teatro o de pintura, ya de

educación o de modos de vida. Sólo los métodos prácticos aconseja imitar, porque de la experiencia de otros pueblos se sabía que eran beneficiosos en rendimientos.

Creyó vislumbrar síntomas de una época de transformación y en más de una ocasión apuntó que le estaba naciendo a América el hombre nuevo para los tiempos nuevos. Momentos de cambio y de renuevo le parecieron aquellos en que, deslumbrado por la fuerza creadora que en todas partes sorprendía, pensó que sólo era necesario dirigir hacia metas precisas aquel poderoso pero selvático crecimiento.

Es una espléndida visión la que llena su mente, de un mundo en muda hacia formas superadas de hombres y de vida. Y con la prisa de que ese instante pueda desperdiciarse, escribe sus páginas en que pal-

pita, con el prodigio de su fe y de su palabra creadora, el porvenir de América.

El hombre de la América nueva debía ser hermoso de cuerpo y de alma, puro de intenciones, trabajador y sobrio, franco y leal. Y se le debía gobernar con el espíritu de la tierra, creando para beneficio de todos, porque en países como los nuestros —dijo—gobernar es crear.

No ha habido en América utopista más convencido que José Martí. Encarna como nadie la utopía de América. Reivindiquemos para él ese generoso concepto de utopista, no como en su época se le aplicó por quienes veían en él a un iluso capaz de seducir con sus engañosas fantasías, sino como al ser dispuesto para sentir y vivir en un anhelo constante de perfeccionamiento humano. Utopista era para los que no adivinaban como él el latido oculto de nuestra

tierra ansiosa de su libertad. Cuando alguien le hizo notar que nadie en Cuba percibía ese anhelo, contestó: yo percibo su ansiedad en el subsuelo. Y no fué el menor obstáculo que tuvo que vencer, ese descreimiento profundamente arraigado que le presentaba como un iluso. Aún los hombres que llegaron a secundarlo, en plena actividad revolucionaria, parece como que se dejaban llevar por una fuerza superior, pero sin verdadera fe. ¡Y cómo se le ve luchar con esta extendida incredulidad! Tanto como una fe convencida, le animó la necesidad de hacerse creer. Porque como él mismo hubo de preguntarse una vez, en un discurso a los cubanos, "¿para qué es la fe, sino para enardecer a los que no la tienen?" Trasmitir a los demás su propia fe fué su empresa primera, sin la cual no hubiera podido encarnar la

fe de todos, consagrándose por último a su idea final y primera a la vez, pero que en definitiva no era sino parte de su gran concepción de una América nueva, en la que no cabían pueblos que no fueran libres.

Luchó por levantar el respeto que necesitaba llevar en sí para que alcanzara a sus propios ideales. Era el mismo camino apuntado: el respeto es la conquista mayor, como también dijo. Hay momentos en que, acosado de pena, parece como un niño que va a prorrumpir en llanto porque dice y repite la verdad y piensa que no lo creen. Quisiera volver su alma de revés, abrirse el pecho, y dice palabras ingenuas, como de niño.

Al fin, su gran ejemplo le sirve de escudo. Los más humildes son los primeros en rodearlo y en creerle. Sus palabras ya tienen acento de evangelio. Se tiene fe en su

verdad, porque la han visto relucir pura no sólo en sus labios, sino también en su vida. Su vida es su fuerza.

Así cunde su lección de dignidad. "Pongamos de moda la virtud", le dice a un amigo nuevo que le ha visto el alma. Y así pudo levantar un pueblo y el utopista tuvo razón.

¿Y cuál sería la utopía americana de Martí?

También la América ha andado desde entonces. Muchos pueblos se han hecho respetar por su laboriosidad, por su dignidad, por la prudencia de sus hijos y el ejemplo de su buen gobierno. Ya en América hay pueblos que, con previsión y cordura, arribaron a la mayoría de edad. Esos son los pueblos que se han hecho respetar por sus mismas virtudes, como quería Martí. Era su previsión, que se ha cum-

plido en unos y se cumplirá en otros, pese a los malos gobiernos que aun cuidan menos de su pueblo que de sí mismos.

¿No lo vemos claramente en estos instantes dramáticos del mundo? Los miedos de Martí fueron muy grandes, cuando sopesaba el poderío y los métodos del Norte, frente a la debilidad y a la despreocupación de nuestra América. Recordemos esta frase: "Los pueblos que no se conocen han de darse prisa para conocerse, como quienes van a pelear juntos". Los teóricos del americanismo han sido muchos; los que han trabajado por un mejoramiento real, son los únicos que han dejado huellas fáciles de reconocer en la historia del pensamiento americano. No pregonó Martí una unión teórica, sino basada en la comprensión y en el estudio de los mutuos problemas. Y él mismo, desde la propia coyun-

tura que le proporcionó su estancia en los varios países americanos, concretó, sobre los problemas urgentes de su época, sus ideas dirigidas a una América fuerte y libre, enseñoreada sobre sus mismas posibilidades desatendidas.

Encontraba que andábamos caminos particulares, despreocupados de los que, por estar llamados a formar unidos una última conciencia en la humanidad, debían recorrer sendas parecidas, para llegar juntos a la misma aspiración suprema. Sabía que por la unión seríamos fuertes, y la unión no podría lograrse sin el conocimiento, y el mismo conocimiento requería prácticas de idénticas normas salvadoras. Una unidad de espíritu y de procedimientos daría a nuestra América la garantía que necesitaba para su integridad. Simbólicamente lo dijo también: "¡Los árboles se han de po-

ner en fila para que no pase el gigante de las siete leguas!"

Era esa su prisa por alcanzar la libertad de esta tierra nuestra, ya que, según decía, América no es libre mientras parte de ella no lo sea. Si nuestra patria se quedaba fuera de la gran armonía de la libertad que América debía representar, el peligro era mayor. ¡Y cuánto tiempo transcurrió aun para que, con sus métodos de engrandecimiento y purificación, esta América nuestra fuera creciendo y alcanzando aquel respeto que Martí consideró imprescindible para su seguridad primero, para su definitivo engrandecimiento después!

Y el momento ansiado por él ha venido acercándose paso a paso. Ya el gigante de las siete leguas se ha sentado en la misma mesa americana para buscar juntos modos de vencer y perdurar, salvaguardando ese

tesoro de la libertad, clima de toda perfección, palabra que, según Martí, "fué la que Dios dió al hombre para hablarle", libertad que ha sido nuestro mejor patrimonio, aunque a veces lo hayamos dilapidado, y otras no hayamos sabido comprender su valor. Y cosa sorprendente: la predicción de Martí tiene ahora mayor vigencia, sólo que el peligro ha mudado de sitio. Y ahora, más que nunca, hay que recordar sus dos frases admirables: "Los pueblos que no se conocen han de darse prisa para conocerse, como quienes van a pelear juntos". "¡Los árboles se han de poner en fila para que no pase el gigante de las siete leguas!"

¿Y de qué modo, sino como él mismo previó, hemos llegado a donde estamos? El peligro de que nos sorprendiera una hora en que un pueblo emprendedor y pujante se acercara a nuestra América, y descono-

ciéndola y desdeñándola, buscara obtener ventajas de su fuerza, lo vemos ya pasado. Cierto es que, como también apuntó Martí, la América del Norte pudo librarse "por el predominio de lo más puro de su sangre", de la hora temida del desenfreno y la ambición; pero no es menos cierto también que, desde los tiempos en que él medita en tales peligros y en los modos de atajarlos, pudimos ir ganando el espíritu viril y digno que él anhelaba, gracias al cual pudo cumplirse su previsión primera: "el deber urgente de nuestra América es enseñarse como es, una en alma e intento".

III

LA ILUSION DE UN MUNDO MEJOR

En días ya lejanos en que pasaba por América un nuevo soplo renovador, una misión intelectual representativa del México resurgido de profunda crisis creadora llevó un mensaje de fe y optimismo a los estudiantes de la Argentina. La voz de Pedro Henríquez Ureña delineó entonces, con riguroso y convencido acento, la utopía de América, asentando su creencia en la firmeza de las conquistas espirituales.

México le sirve como caso ejemplar, como le había servido a Martí de inspiración y de ejemplo. Ambos coincidían en descubrirle un ímpetu virgen capaz de crear nuevas formas de vida, "apto para

fundar su tipo de civilización". Así lo proclamaba Pedro Henríquez Ureña, precisando los instrumentos que empleaba el país hermano en su empresa de civilización: la cultura y el nacionalismo: "cultura social ofrecida y dada realmente a todos y fundada en el trabajo", porque, robusteciendo su criterio, "no debe haber alta cultura, porque será falsa y efímera, donde no haya cultura popular". Y, en cuanto al nacionalismo, precisaba también su carácter: "se piensa en otro nacionalismo, el espiritual, el que nace de las cualidades de cada pueblo cuando se traducen en arte y pensamiento".

Sus razonamientos, enlazados de modo perfecto, connotaban una gran lección de espiritualidad, de creencia en los supremos valores espirituales. "Nuestra América debe afirmar la fe en su destino en el por-

venir de la civilización", es su premisa inicial. Para mantenerlo — agrega — "me fundo sólo en el hecho de que, en cada una de nuestras crisis de civilización, es el espíritu quien nos ha salvado, luchando contra elementos en apariencia más poderosos; el espíritu solo, y no la fuerza militar o el poder económico". Y como corolario de estas verdades esenciales: "Si el espíritu ha triunfado, en nuestra América, sobre la barbarie interior, no cabe temer que lo rinda la barbarie de afuera. No nos deslumbre el poder ajeno; el poder es siempre efímero. Ensanchemos el campo espiritual, demos el alfabeto a todos los hombres; demos a cada uno los instrumentos mejores para trabajar en bien de todos; esforcémonos por acercarnos a la justicia social y a la libertad verdadera; avancemos, en fin, hacia nuestra utopía".

¿No nos parece oír la misma voz de Martí, que más de cuarenta años antes había dicho esas y muchas otras cosas, con acento parecido?

Un espíritu tan parco de palabras, tan alejado de los derroches líricos como Pedro Henríquez Ureña, no se dejaba llevar entonces de un mero entusiasmo verbal. Sintió en lo profundo esas fuerzas que señaló como básicas de la conciencia americana, en las que se afianzaba ya su personalidad y su futuro. Había asistido en México a uno de los grandes momentos de cambio y de fermentación. Como Martí en su tiempo, él también sorprendió ese momento de creación. Así lo dijo: "México está creando su vida nueva, afirmando su carácter propio, declarándose apto para fundar su tipo de civilización".

Aquel momento de transformación que

México vivía, lo ha vivido después toda la América, por métodos diversos, y hoy, ya serenado aquel hervor, juntos estamos, por todos los caminos propios y convergentes, trabajando por una cultura social, por una justicia verdadera, por una sincera democracia, por un continente unido y defendido por una suprema espiritualidad.

Pero la utopía es ahora tan justificable y necesaria como antes. Porque hemos adelantado y superado algunos de los que Martí consideró urgentes deberes, necesitamos seguir escuchando su voz, y la voz de todos los utopistas anteriores y posteriores, para llegar a la concepción de una unidad espiritual perfecta, a la perfecta hegemonía del espíritu de justicia y libertad perseguida a través de todas las épocas como justificación última de un gran destino americano.

América ha sido el natural terreno de la

utopía desde que, como una inesperada dádiva del cielo, ofrece su esplendor al cansancio de un mundo que ya entonces comenzaba a decaer. La voz del profundo Montaigne puede ser una profecía, cuando auguró que el mundo recién descubierto subiría a la luz cuando el otro descendiera a la oscuridad.

Martí vivió en tiempos en que nuestra América no sabía aún ver con claridad su camino y en los signos revueltos pero pujantes supo ver el modo de ordenarse los pueblos primero y de empinarse después sobre sus mismas virtudes.

Si nos fijamos en su prédica, que adopta tanta variedad de tono pero se mantiene idéntica en esencia, veremos que no es tanto un progreso material lo que quiso para sus pueblos americanos, sino un perfeccionamiento humano y social que los haga in-

vulnerables a la codicia ajena y a la propia destrucción interior. El progreso material no lo desdeña; por el contrario, lo celebra si es producto de sus virtudes, ya que va implícito en el propio proceso de superación. Y es que para Martí la prosperidad de los pueblos tanto como la riqueza de los hombres, no han de lograrse sólo con la inteligencia, sino también con la virtud. Porque para él no hay monstruo mayor que aquel en que la inteligencia está divorciada del corazón. El progreso material sabía que vendría después, como legítima consecuencia del hábito de trabajo, base del gran templo de la comunidad americana. Pero en su utopía de América corren paralelas aquellas dos direcciones, real la una, ideal la otra, que encontramos constituyendo el dualismo de su pensamiento: la que la lleve a ser respetada por sus vir-

tudes y por su hábito de trabajo, y la que conduzca al hombre americano a alcanzar su plena dignidad, lo que implica necesariamente un ámbito de justicia y de libertad.

Las circunstancias favorecen cada vez más los que fueron sueños de perfección de algunos espíritus. La solidaridad intelectual se mantuvo en el pasado entre los hombres de nuestra América, con fuerza sorprendente a pesar del aislamiento impuesto por las distancias y por las urgencias de los menesteres inmediatos. Hoy, esa solidaridad se afirma hasta el punto de que, gracias a la similitud de instrumentos que tienden a sincronizar la homogeneidad de propósitos, estamos a punto de alcanzar la más alta y genuina expresión de una verdadera cultura americana.

Sentimos que hay en nuestros pueblos

la aspiración unánime a una sincera democracia, como quería Martí. Es decir, la única, la perfecta democracia; no una democracia aparente, de nombre y no de contenido, en que se gobierne con espíritu tiránico bajo fórmulas de apariencia popular, ni tampoco gobiernos donde lo popular imponga carácter de tiranía; sino a base de un verdadero espíritu de justicia, que ha de ser la única medida. Porque en Martí las normas conservan su pureza inalterable y todo ha de regir en términos absolutos. La justicia no ha de estar de parte de unos hombres y ha de faltarles a otros; la justicia ha de merecerse.

Y en tales términos, la democracia, para serlo, habrá de ser sincera, único modo de que sea pura, de que sea verdadera democracia. Si a la democracia se le han señalado tantas quiebras, no ha sido realmente

por ella en sí, que es como un producto puro y de efectos invariables, sino porque ha sido adulterada, porque no se ha administrado en toda su pureza, porque no ha sido sincera.

Martí, demócrata absoluto, no pudo concebir norma de mayor eficacia para realizar el ideal perseguido: "la libertad afirmada por el derecho de todos, y garantizada en sus beneficios por el respeto mutuo". O dicho con palabras más recientes del profesor Nicholas Murray Butler: "Un estado libre fundado en el trabajo libre, con la libertad por divisa y la justicia por guía: tal es el ideal de la verdadera democracia".

¿Y cuál iba a ser, en la previsión de Martí, el papel reservado a nuestra América?

No le fijó un porvenir de desintegración

a manos de sus propios hijos, como los signos más próximos y dolorosos le inducían, ni la presentó saliendo "por el mundo de limosnera, a que le dejen caer en el plato la riqueza temible".

Su porvenir habría de ser "el de nivelar en la paz libre, sin codicias de lobo ni prevenciones de sacristán, los apetitos y los odios del mundo".

Es decir, sabía que llevaba en sí, y que alguna vez se revelaría, una parte considerable del equilibrio del mundo.

IV

AMERICA, EQUILIBRIO DEL MUNDO

No era un vano alarde—nunca hallamos en Martí alardes vanos—aquella frase suya de que era un mundo lo que estaba equilibrando. Levantándose para ir de menos a más, como él quería, América ha ido alcanzando aquella madurez y grado de pujanza natural suficientes para comprender que lleva en sí una parte considerable del equilibrio universal. Desde el argentino Rivadavia, con su profecía de que estos países se salvarían, hasta Martí, que vió la pura norma, depositada en nosotros mismos como la semilla que en la propia tierra y con los cuidados propios ha de ger-

minar y alcanzar su perfecto desarrollo, no han faltado los pocos grandes profesores de idealismo que han sabido mantener despierta la inquietud del perfeccionamiento constante, esencia de la utopía.

El equilibrio de un mundo implica el reinado, en todo su ámbito, de la libertad de pueblos y hombres. El dolor del mundo —dijo también—es la esclavitud del hombre; su libertad será, por el contrario, su mayor bien. Pero para ser libre precisa saber vivir con dignidad. Ese fué su llamamiento primero, después de haber conformado su vida, en la penitencia larga del deber y la moderación, porque la libertad tiene su precio, y si en ese precio entra el saber conquistarla, otro tan importante es merecerla.

Era nuestro mundo americano el que Martí trataba de equilibrar, con su prédica

de doble onda, para que en su día cumpliera su misión futura. Lo llamó "continente de la esperanza humana", y esas palabras tienen una significación en el veedor de largo alcance que era Martí: columbró a la distancia un momento en que convergieran sobre América las miradas de todos los perseguidos del mundo, que en ella encontrarían el último refugio de la libertad. Se sabe también que aquella frase "América para la humanidad", que pronunció una noble figura argentina en ocasión memorable, la inspiró Martí. Así podemos colegir que alentó la ilusión de un mundo mejor, asentado en este continente de la esperanza humana.

¿Es lícito, se preguntarán algunos, hablar de utopías en instantes como jamás ha vivido la humanidad, de quiebra de todos los valores en que se asentaba la cul-

tura tan trabajosamente adquirida a través de los siglos?

Es que la utopía ya no ha de ser para nosotros privilegio de mentes lúcidas que supieron anticiparse a su tiempo. Volvamos a recordar palabras luminosas, y hoy más actuales que cuando se pronunciaron. Nuestro hombre americano ha de salir de este eclipse de las libertades con una conciencia superior de la dignidad que lo haga plenamente humano, y esa será su mejor aspiración a la universalidad. Porque acaso estemos ahora más cerca que nunca de la concepción del gran ciudadano de América que es Pedro Henríquez Ureña: la "creación del hombre universal, por cuyos labios hable libremente el espíritu, libre de estorbos, libre de prejuicios". Y una libertad así de perfecta, tendrá que realizar el ideal de justicia que, según él, es la fina-

lidad última de la gran utopía americana: Patria de la Justicia llamó a nuestra América, y asentó que "si la magna patria ha de unirse, deberá unirse para la justicia".

Continente de la esperanza humana, dijo Martí hablando de América. Y Pedro Henríquez Ureña la llama patria de la Justicia. Libertad y justicia dan el clima moral en que la vida del hombre podrá desarrollarse en toda su plenitud de perfección. Justicia y libertad son el amparo que América ofrece hoy frente al caos en que se sumerge un mundo agobiado por el odio destructor.

Nos ha tocado vivir un momento de sacudida mucho más intenso acaso—y desde luego de insólita extensión—que todos los que antes había sufrido la humanidad. Pero hay que esperar un nuevo equilibrio tras tan violenta sacudida. Y es posible también

que no haya sido en vano y que el hombre salga de él con una conciencia más clara de su destino y del papel que le está reservado en la humanidad.

Sería insensato soñar en hacer regir al hombre por normas perfectas, creadas por las mentes lúcidas, cuando no está aún a nivel preciso para tal orden. Pero la larga etapa en que se ha luchado por el avance de las ideas de superación humana no ha de ser estéril. Vivimos un momento transitorio. No es posible que la libertad lograda se eclipse definitivamente. Recordemos otra vez a Martí: "Oh, qué catástrofe, si se probara que los hombres, abandonados a la libertad, volvían voluntariamente a la tiranía".

¡No volverán! Las mismas ideas de justicia y libertad, eclipsadas hoy por falsos profetas, se alzarán más vigorosas en las

mentes de los hombres, para regir y condicionar el ritmo futuro de la vida.

Se cumplirá así la más grande utopía de los siglos: la utopía de América.

Ucar, García y Cía.
Teniente Rey, 15
La Habana